

## BIBLIOGRAFIA

FRANCISCO MIRO QUESADA. — *Curso de Moral*. — 1 vol. de 12 × 17 cm.; 180 págs. — Lima, Librería Miranda, 1940.

El Dr. Francisco Miró Quesada ha publicado, en elegante volumen de 180 páginas, un *Curso de Moral* que consta del texto pedagógico y de un *Diccionario Etimológico explicativo*.

Por confesión explícita del autor, esta obra pedagógica tiene carácter de introducción y vulgarización de la *Moral axiológica* y está compuesta con criterio "absolutamente libre y sin prejuicios" (pág. 127).

Como la *Escuela Badense* de Rickert, Windelband, etc., vale decir la *Escuela Axiológica*, es una de las modernas formas del *Neokantismo*, la posición filosófico-crítica del autor es clara.

La obra que juzgo ha sido favorablemente acogida por los críticos de la prensa periódica, corre por las aulas y ha despertado curiosidad en los amantes de la cultura patria. Su joven autor es bien conocido en los círculos universitarios y culturales del Perú. Mientras tantos jóvenes de promisoras esperanzas se agostan en flor y apagan en el fango los fulgores de sus ingenios, Francisco Miró Quesada aprovecha los invalorable años de la juventud en la noble empresa de rendir pleitesía a la reina de las ciencias.

Estoy en desacuerdo con casi todas las doctrinas que sienta el autor, pero esto no obsta a que reconozca el perfecto desarrollo estructural de la obra que comento, a base de tres ideas madres: las de deber, valor y personalidad. No puedo alabar sin reservas, tal alabanza sería insincera, y mi antiguo alumno y yo sentimos repugnancia a la adulación.

Estas notas marginales comprenderán cinco puntos: la *Noética*, la *Metafísica*, la *Deontología*, la *Moral especial* de esta obra, y el desconocimiento que de la *Escolástica* muestra el autor.

A) *Noética*.—El Dr. Miró Quesada olvidando que en la página 6 acertadamente había escrito que "la teoría es la base de la práctica", sostiene (pág. 131) que "la moral nada tiene que ver con la teoría del conocimiento". Pero esta última afirmación está desmentida en toda la obra, pues no pierde ocasión en el *Diccionario* de evidenciar su agnosticismo. Este proceder sólo es explicable en quien juzga que el problema del conocimiento es, como lo es en realidad, fundamento del problema del ser, bajo todos los puntos de vista, ontológico, lógico y moral.

Los artículos Antinomia, Apriori, Causa, Criticismo, Determinismo, Metafísica, Objetivo, demuestran hasta la saciedad el agnosticismo del autor. Al aforismo kantiano "la esencia del entendimiento es conocer la experiencia y no lo que está más allá de la experiencia" (pág. 136) siguen lógicamente las siguientes afirmaciones explícitas, entre otras: "El conocimiento a priori —cuyas características esenciales son universalidad y necesidad—, no nos da a conocer nada absolutamente del mundo externo que no depende de nosotros" (pág. 139). "La teoría que defiende la objetividad del principio de causalidad —o sea el enlace real entre causa y efecto— en nuestros días por casi nadie es defendido" (pág. 145). "En consecuencia, la Metafísica dogmática, la que daba la última palabra sobre la existencia de Dios, el origen del mundo, la inmortalidad del alma, ha dejado paso a una Metafísica crítica y ya ningún pensador serio nos habla en sus obras de las pruebas de la existencia de Dios o del alma" (pág. 166). Y así tenía que ser, pues: "Kant con la teoría de las antinomias dió por todos los siglos el golpe de gracia a la Sicología racional. Desde la creación de la Filosofía Crítica nadie que sea un pensador serio ha vuelto a ocuparse de las pruebas de la existencia de Dios o del alma o de las pruebas de la inmortalidad tal como lo hacían los escolásticos" (pág. 173).

En una palabra: no admite el valor objetivo de los primeros principios lógicos y metafísicos, y como toda la Metafísica tradicional estaba construida sobre ellos, cae ésta de su pedestal. Kant dió el golpe de gracia a esta Metafísica fantasmagórica. Quienes aún la admiten no son pensadores serios, para serlo hay que jurar in verba magistri Emmanuelis Kant!... Plaudite, cives. Por ejemplo, Alberto Farges, fecundo escritor francés que defendió toda su vida esa vieja Metafísica, a quien los Inmortales de la Academia Francesa laudaron, no era un pensador serio, como tampoco lo fueron los Eminentísimos Cardenales Ceferino González, Zigliara, Mercier, Billot..., ni los catedráticos Balmes, Urraburo, Hugon, Ramirez, Gemelli, Maritain, que el mundo sabio respeta a pesar de sus convicciones profundamente escolásticas y antikantianas. Risum teateatis, amici!...

Este escepticismo se extiende naturalmente a la existencia de Dios y del alma, —ya lo ha dicho—, y aún más lejos, a puntos que tocan más de cerca la Ética: a la libertad y al valor.

Pruebas al canto. En la página 151: presupone "la libertad como condición de realizar valores morales", pero "sin entrar en discusiones filosóficas deterministas e indeterministas que muchas veces no llevan a ningún resultado" (pág. 35).

No piense el lector que el Dr. Miró Quesada entiende por libertad la facultad de escoger. Esa concepción es pueril, no es de un pensador serio. El concepto de libertad "no es una regresión al insostenible indeterminismo antiguo, es decir, a la libertad de escoger" (pág. 152). Verdad es que gracias al moderno movimiento científico gana terreno el indeterminismo, pero este indeterminismo es pura "indeterminación causal", o "una determinación por cualquier otro principio irracional", o "una falla en la universalidad de aplicación del principio de causalidad".

Dicho esto en castellano límpido, es negar la libertad, pues la libertad es "la facultad que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar; por lo que es responsable de sus actos" (*Dic. de la Leng. Cast.*, por la R. Academia Española, ed. 13a.), La conciencia nos dice que obramos o no obramos, obramos de una manera o de otra porque escogemos hacer u omitir, hacer esto o aquello, en la forma a o b. En la página 34, enseña que la "responsabilidad se basa en el principio de causalidad" y si la libertad es "una falla en la aplicación de la ley de la causalidad" resulta que no somos responsables de los actos libres. Esta antinomia sí que es insoluble.

En la página 129 escribe: "Cuándo captamos el valor de un objeto nos damos cuenta que estos valores son absolutos y eternos y que no pueden ser de otra manera". Muy bien, esto lo suscribiría cualquier tomista, y no lo negaría ningún scotista, si bien haría un distinguo entre las diferentes clases de valores (como lo hace Scoto en *In Mag. Sent.* I, iii, dist. 37, q. 5, n. 3-6). Pero a renglón seguido emerge el escepticismo: "Tal vez en la realidad (los valores) puedan cambiar". Como lo que cambia no es ni absoluto ni eterno, resulta que los valores que la intuición emocional percibe como "valores eternamente válidos", puede ser que no lo sean, y, in sensu contrario, lo que la conciencia percibe como desvalores absolutos puede ser que en realidad no lo sean. Consecuencia: aunque "la conciencia vea con exactitud maravillosa" (pág. 33) que ser fiel al cónyuge es un valor y que adulterar es un desvalor, en realidad cabe que esta intuición no responda a algo absolutamente válido. En síntesis: el más categórico subjetivismo moral.

Este escepticismo envenena los fundamentos de la Moral. Puesto que el problema del conocimiento, el problema Noético es el cimiento de la Filosofía toda entera, resulta que una Moral basada en base tan insegura es inútil, pues nada fundamenta; y antipedagógica, porque la juventud se educa solamente con convicciones profundas, nunca jamás con el escepticismo. El triunfo es de los hombres de ideales firmes y principios bien sentados: la cavilación y la duda son inhibitorias de la acción heroica y constante.

Como muestra de antinomia presenta el autor la célebre de la causalidad. Traicionaría el ideal de mi vida y sería un miserable si no tratara de indicar los falsos fundamentos de la decantada antinomia. Dios no es factum, no es hecho. Claro, si fuese *hecho* debería tener causa, por cuanto todo lo que es hecho, un tiempo no fué y después es, es decir, fué nada y después existe, y es evidente, es un principio no sintético a priori sino analítico, que "todo lo que comienza a existir tiene causa". Pero ningún filósofo digno de este nombre ha sostenido que Dios sea hecho, todos desde Aristóteles hasta Farges llaman a Dios el Ser Necesario, A Se, Eterno. Dios no ha comenzado a existir, siempre ha sido, es, siempre será, porque tiene en Sí mismo la razón de su existencia. La razón fácilmente comprende que debe existir un Ser Necesario. Balmes trata este asunto límpidamente, basado no en fantasmagorías sino en el hecho de la existencia del sujeto que piensa y en el aforismo ultra evidente que la nada nada puede producir. He aquí sus palabras: "Si existe algo, siempre existió algo. Es así que existe algo, (al menos yo), luego siempre existió algo". Y por qué?

Porque: "Si no siempre hubiese existido algo se podría designar un momento en que no hubo nada; y si alguna vez no hubo nada, nunca (jamás) pudo haber algo (pues de la nada, nada brota, la nada nada produce). Luego si existe algo, siempre existió algo. De la pura nada no puede salir nada; luego si alguna vez no hubo nada, no puede haber nada.

Tenemos pues que existió siempre algo. (Existe un ser eterno). Esto será o necesario o contingente. Si es necesario llegamos ya a la existencia de un Ser Necesario; si es contingente, pudo ser y (también pudo) no ser: luego no tuvo en sí la razón de ser. Luego tuvo esta razón de ser en otro; y como de este otro se puede decir lo mismo, resulta que al fin hemos de llegar a un ser que no tenga la razón de su existencia en otro sino en sí mismo y que, por consiguiente, sea Necesario". Si el Dr. Miró Quesada hubiese recordado el principio de razón suficiente de Leibnitz, la verdadera fórmula del principio de causalidad (todo lo que comienza a existir tiene causa), si no confundiese factum con esse, hecho con ser, no nos diera por insoluble la célebre antinomia.

El principio de causalidad es evidente. Lo que comienza a existir, o tiene la razón de su existencia en sí mismo, o en la nada, o en otro: no cabe un cuarto miembro, el trilema es perfecto. En sí mismo no tiene la razón de su existencia, pues por hipótesis no existía y primero es ser que obrar; tampoco la tiene en la nada pues ex nihilo nihil fit, la nada, la negación del ser no puede obrar pues no existe; luego sólo queda que lo que comienza a existir tenga en otro la razón de su existencia. Es un principio analítico el de causalidad, no es sintético a priori, del análisis del sujeto deducimos el predicado.

Con el principio de razón suficiente y el de causalidad por una parte, y con hechos reales, el Angélico construye sus célebres pruebas de la existencia de Dios, que no se basan como la de S. Anselmo y Descartes en la IDEA de lo Infinito, sino en realidades extramentales: el movimiento que observamos, la causalidad dependiente, etc. Hechos reales, extramentales, piden causa real, extramental. Esas pruebas en una u otra forma las han propuesto Aristóteles, Cicerón, San Agustín, Alberto Magno, Scoto, Bossuet, Descartes, Pascal, Leibnitz, Wolff, todos los neotomistas que "con audacia y originalidad" (pág. 175) aprovechan los aportes de la Biología moderna, es decir, una pléyade de pensadores antiguos y modernos cuya gloria ha consagrado el tiempo, y por eso sabios de la talla de Ampere, Cuvier, Branly, Marconi y mil más no han juzgado indigno de su genio adorar a Dios, al Dios de los cristianos.

Basados en los mismos principios y en los fenómenos psíquicos, los adictos a la Metafísica Aristotélico-tomista han defendido la espiritualidad del alma y su inmortalidad. No creo que esa Metafísica haya muerto, pues se la combate, muchos se ensañan contra ella y todo ser racional combate lo que vive. En los animales sólo la hiena y entre los hombres sólo los locos o los criminales anormales se ensañan con los muertos. Esa Metafísica da muestras de vivir al día, basten dos ejemplos: la Universidad de Lovaina y la de Milán.

B) *Metafísica*.—Si en Noética el Dr. Miró Quesada francamente profesa el agnosticismo, en Metafísica confiesa su panteísmo. Para que no se me acuse

de calumniar, citaré literalmente sus palabras. Insisto en su concepción de Dios porque de esta concepción depende la concepción del mundo y de la Ética de todo filósofo. El misterio de lo Infinito pesa sobre el entendimiento humano, ningún hombre puede pasar indiferente ante él, menos un filósofo; ningún educador lo puede despreciar. Dios es la encrucijada donde convergen todas las direcciones del pensamiento humano. Quiénes afirman su existencia, quiénes la niegan; algunos lo consideran como personal, otros lo confunden con el mundo. Bien supremo, Amor infinito, Causa de las Causas, Razón suprema, Dios, Infinito, Absoluto, Idea, Incognoscible... con todos estos nombres la filosofía le ha conocido. En la página 130 es donde expresa con mayor claridad nuestro criticado su idea de Dios. Escribe: "La concepción de Dios más útil a la Moral es que *el hombre participa de la divinidad*, y la divinidad se realiza en el mundo por medio del hombre. (Las dos veces divinidad con minúscula, claro: ¡como que el hombre la realiza!) *Spinoza, Hegel, Kant, Fichte, nos han hecho ver mejor que nadie el verdadero significado de Dios*".

A confesión de parte sobran las pruebas: "el hombre participa de la divinidad", "la divinidad se realiza en el mundo por medio del hombre". Más aún. Si Spinoza, Hegel y Fichte nos han dado mejor que nadie el "verdadero concepto de Dios", como el primero defendió el panteísmo moral, el segundo el panteísmo lógico o panlogismo y el tercero el panteísmo psicológico, siguese que para el Dr. Miró Quesada es verdadero concepto de Dios lo que es común a los tres: el panteísmo.

Puesto que la divinidad se realiza en el mundo, según nos dice, por medio del hombre, comprendo el sentido de su afirmación (pág. 64): "Dios es el valor moral supremo si se le considera como ideal". No creo aventurado decir que el autor del Curso de Moral gustoso aceptaría la siguiente concepción teológica de Renán: "Dios, bajo una u otra forma, será siempre el compendio de nuestras necesidades suprasensibles, *la categoría del ideal*, es decir, la forma bajo la cual concebimos el ideal, como el espacio y el tiempo son las categorías de los cuerpos, o sea, las formas bajo las cuales concebimos los cuerpos". (*Études d'histoire religieuse*, pág. 419). En una palabra: Dios un símbolo, Dios nada fuera del hombre, ateísmo larvado.

La concepción del mundo supone una concepción del hombre y de su puesto en el cosmos. Nuestro autor dice (pág. 112) que "la esencia de la persona (humana, pues habla de la igualdad humana) como posible realizadora de valores es la intangibilidad, la infinitud". Concepto antropológico consecuente con el suyo panteísta, e íntimamente enlazado con lo que afirma en la pág. 129: "no podemos basar la moral en la voluntad de un ser, sea cual sea éste".

Qué juicio merece semejante concepción del mundo, como fundamento de la Moral?

El panteísmo es un ateísmo disfrazado, un ateísmo con una mentira más y no puede dar ni una regla moral fundamentada ni menos sancionada. Ante el ateísmo los dos problemas básicos de la Ética, el de la regulación y el de la motivación, son insolubles: cualquier solución que se les dé se desploma, ya que no puede apoyarse ni en los hechos ni en la metafísica. Por esto Davide Bi-

rot llama a la moral atea "la geografía de los bancos de arena", y Le Dantec, el dogmático del ateísmo en la Sorbona con su noble franqueza bretona escribe: "Si no hay Dios la justicia no es más que un residuo ancestral, lo propio que la bondad y la lógica" (*L'Atheisme*, págs. 92-93).

Y la moral panetista o atea es contraria a los hechos que testifica la conciencia y a la misma naturaleza.

En efecto, nos consta que somos contingentes, que no tenemos en nosotros mismos la razón de nuestra existencia; si en nuestra vida moral somos intangibles frente a los demás hombres, no es menos cierto que estamos bajo la dependencia absoluta del Ser Necesario, de quien dependemos en todo y por todo.

Nos consta que hay valores y desvalores, bien y mal moral objetivos, que no los hemos inventado, sino que se imponen como realidades a nuestra conciencia, queramos o no, nos agraden o nos desagraden. Es decir hay un orden moral objetivo, una jerarquía de valores que nuestra mente conoce pero no crea, que acatamos o no, pero que no podemos destruir, es decir hay un orden moral.

Hay una tendencia real en nosotros a realizar valores, a hacer el bien honesto, a acomodarnos al orden absoluto y eterno que capta, intuye o percibe la intuición emocional o la conciencia.

Hay una sanción —la única que admite el Dr. Miró Quesada— en la conciencia, sanción que no depende del hombre, pues la experimenta aunque no quiera. Frente a estos hechos razonemos un poquito. Todo orden presupone un ordenador, toda ley un legislador. Toda tendencia un objeto hacia el cual se tiende. La jerarquía de los valores, donde hay mayores y menores, indica que son limitados, pues el menor no tiene la mayor perfección del que ocupa el grado superior de la jerarquía de valores y todo ser limitado en perfección no es por sí mismo, sino que recibe de otro ser la perfección limitada que tiene. La sanción de la conciencia supone un Juez que penetra lo más recóndito, ve, juzga y sanciona, que ama el bien y castiga el mal. O sea el análisis del fenómeno de conciencia nos lleva a admitir un Ser Necesario, de quien depende el hombre contingente, ser que es Sabio legislador de lo más íntimo del hombre, arquetipo de los valores de quien éstos reciben su perfección, centro al cual se dirige nuestra mente, juez que domina nuestra vida. El hecho de conciencia nos lleva a Dios. Si toda marea denuncia más allá del cielo azul un astro vencedor que mueve y atrae, la incesante marea de las almas que de continuo se eleva hacia las alturas venciendo los instintos de la bestia y del egoísmo y de la fatua soberbia, la incesante marea de las almas que se mueve hacia los valores eternos y absolutos no puede explicarse sin un valor supremo que mueva los corazones arriba, siempre arriba!

La experiencia, madre de la ciencia, demuestra que la moral atea y panetista, que no fundamenta la obligación ni sanciona eficazmente la rebelión al deber, conduce al desenfreno individual, a la ruina de la especie, a la anarquía social. Por los frutos se conoce el árbol. Moral antinatural porque lógicamente deja desbocarse a la bestia humana, es moral falsa. Desde la Revolución de 1789 la instrucción francesa, salvo pocos años del régimen napoleónico, ha sido hostil a la moral teísta.

A los niños de Francia se les ha puesto en las manos el Curso de Moral de Payot, y a los jóvenes la Moral sin sanción de Guyau; los universitarios se han formado, en buena parte, en la Moral sociológica de Durkheim. La educación moral laica, agnóstica, atea, era la educación moral francesa. Los resultados ya los lamentaba Flammarion y los vemos nosotros. El pueblo francés ha sido conducido al suicidio por sus malos educadores. Sin hijos, sin soldados y sin amigos, bajo el arco de triunfo de Napoleón han desfilado regimientos enemigos. Cuando la patria exigía orden y sacrificio, en la carretera Paris-Orleans soldados, hijos bastardos de los cruzados, abrazados con mujerzuelas, flameaban roja bandera, se entregaban al saqueo y a cosas peores. (Véase Ed. vesp. de *El Comercio* de 13 julio 1940). ¿Quién reconocerá en esos traidores a los hijos de los Cruzados que marchaban al grito de Dios lo quiere? ¿Quién verá en ellos la prole de los bravos que movidos por la doncella de Orleans expulsaron a los ingleses del patrio suelo? Si el cantor de las glorias de Cendé, si Bossuet resucitara, diría como Marco Tulio: O tempora, o mores!... Es que el gran pueblo, el hijo primogénito de la Iglesia, el centinela de Cristo, ha sido conducido a la apostasía por quienes le enseñaron que Dios no existe, que si existe no podemos saber que existe, que la libertad o es un mito o es dudosa, que no hay sanción de ultratumba porque morimos como el heno del campo. Y con estos principios reina el egoísmo, triunfa el amor al placer y el heroísmo se desvanece y en una misma ruina Dios, Patria, libertad y heroísmo caen en tierra.

Como amo a mi patria y creo que hago un bien positivo a la nación, condeno una Moral que tarde o temprano nos llevaría, si la aceptamos, a la ruina. No quiero levantar un trono a las ideas y pedir el cadalso para las lógicas consecuencias de ellas.

C) Vimos al tratar de la Noética que informa el Curso de Moral, el subjetivismo que extiende el autor hasta el concepto de valor moral. El concepto de valor está diluido en toda la obra. En la pág. 25, dice que "la tendencia fenomenológica sostiene que el valor es algo que no depende de nuestras leyes psicológicas y que se capta mediante la intuición fenomenológica". En la pág. 86 escribe: "Valor es lo que atrae; desvalor lo que rechaza". A un ladrón le atrae robar; a un ocioso le repugna trabajar; el robo atrae al ladrón, el trabajo rechaza al perezoso, aplicando esta definición diríamos que el robo es un valor y el trabajo un desvalor. Consecuencia fatal, pero lógica.

Como aliquando bonus dormitat Homerus, busquemos una mejor definición de valor. La pág. 175 nos dice: "El valor por ser algo irracional no se puede definir". Propone la siguiente definición descriptiva: "Valor sería todo estado emotivo que produce en nosotros impulso hacia un objeto, ya sea para conservarlo, ya sea para realizarlo. Todo estado afectivo que sirve de causa de impulso o de acción es un valor... Valores morales son aquellos que presentan una exigencia incondicional de realización" (pág. 176). Si el valor es un estado emotivo, afectivo, es algo subjetivo, contingente, inferior al hombre pues toda realidad producida es inferior a quien la produce, todo lo transeunte es in-

ferior a lo que permanece, mi yo queda, mi yo permanece y los estados emotivos pasan.

Pasemos a otro concepto fundamental en toda Deontología, el concepto del deber. "Deber es la exigencia de todo valor de ser realizado" (pág. 24). "El deber puede definirse como la captación de un valor con exigencias de realización" (pág. 29). De aquí que "el valor no deba confundirse con el deber. El deber es la tendencia hacia el valor" (pág. 30). Dando otro giro a las frases citadas: el valor es el objeto de la tendencia, un objeto que se impone a la conciencia incondicionalmente; el valor es el determinante del deber; el deber lo capta y tiende hacia el valor en virtud de una eficiencia propia del mismo valor.

Pero el valor moral en el concepto del Dr. Miró Quesada no es sinónimo de lo que los escolásticos entendemos por moralidad objetiva. Para nosotros la moralidad objetiva es inmutable y eterna en sí misma; Dios nos la impone porque es buena en sí, pero no es objetivamente moral porque Dios la imponga; la moralidad objetiva no depende del hombre sea cual fuere su estado emotivo, en cambio para el autor del Curso de Moral, aunque a la conciencia los valores se presentan como absolutos y eternos, "tal vez puedan cambiar y variar". Por tanto el deber, dependiente del valor, como éste puede cambiar y variar, aquel no puede tener en sí mismo carácter absoluto y eterno.

Consecuencias: a) el valor y su correlativo el deber tienen un carácter francamente subjetivos y pueden ser ilusorios; b) siendo el valor un estado afectivo, emocional, él y, a fortiori, el deber son inferiores al hombre, pues los estados afectivos, efectos del hombre, son inferiores a él, no pueden existir sino en el hombre y por el hombre, y en consecuencia, es inexplicable: 1º) cómo lo que le es inferior se imponga al hombre mismo y 2º) como lo contingente revista carácter de necesario.

El concepto de persona juega papel importantísimo en el Curso de Moral. Estudiémoslo. En la página 43 nos dice: "La personalidad es una organización unitaria, con fines propios, mayor que la suma de sus partes y capaz de comunicarse con el mundo externo. La personalidad no es múltiple sino simple. Es su propio sentimiento del YO. La esencia de la personalidad, según William Stern, es que tenga fines propios". Y saca esta aplicación de la definición: "Un loco tiene pensamientos, tiene sensaciones, pero no tiene personalidad". En la página siguiente parece mostrarse más generoso con los locos, escribe: "TODOS los hombres, CUALQUIERA QUE SEA SU MENTALIDAD y su condición tienen personalidad. Por el hecho de ser hombres tienen personalidad, es decir, fines propios, unidad de conciencia y capacidad de expresarse". Los escolásticos afirmamos que todo hombre, desde que el alma informa el óvulo fecundado, es persona, sea cual fuere su mentalidad y condición. Una de dos: o el loco es hombre o no es hombre; si lo es tiene personalidad, a base de lo afirmado en la página 44, y es falso lo dicho en la página 43; si el autor quiere sostener lo que dijo en la página 43 tiene o que negar que el loco sea hombre o borrar lo que escribió en la página 44: "Todos... cualquiera que sea su mentalidad y su condición". Como negar que el loco sea hombre sería demasiado, opta, en la página 54, por confirmarse en su doctrina primera y aun

parece restringir más la personalidad humana. Dice: "Un individuo psicológico (puede) ser capaz de ser persona porque TODO HOMBRE ADULTO, NORMAL, forma un organismo unitario con fines propios". ¿Y el infante, y el adolescente y el anormal son o no personas? ¿Si le preguntáramos qué nos respondería un alumno que este texto estudiase?

Dios es persona, res per se una, sin embargo no es organismo. La personalidad no es ni el agregado de los fenómenos psíquicos, ni el sentimiento del Yo, es algo más profundo. Es persona toda substancia completa, una, incommunicable e incommunicada, inteligente, autónoma frente a las personas creadas y, con fin propio.

D) *Moral especial.*—Nuestra crítica en esta parte será muy breve, por cuanto en lo dicho anteriormente virtualmente está contenida mi repulsión a muchas doctrinas sentadas en esta parte. Señalo los puntos más trascendentales.

En la página 41 afirma que "si un hombre viviera absolutamente solo no tendría deberes de ninguna clase". Nó; tendría deberes para consigo mismo y para con Dios; evidentemente no tendría deberes para con sus semejantes porque no hay deber imposible, y de no haber mas que un solo hombre serían inconcebibles deberes hacia lo que no existe, hacia la nada.

En la filosofía Platónica y Cartesiana que consideraban al cuerpo como cárcel o nave del alma, allí sí cabía considerar dos sujetos de deberes: cuerpo y alma. Como la filosofía escolástica sostiene que el alma es forma substancial del cuerpo humano, y que cuerpo y alma forman un solo ser, la división de los deberes individuales en deberes para con el cuerpo y para con el alma no tenía el sentido que expresa el penúltimo párrafo de la pág. 45. Observo que Santo Tomás considera los deberes al hablar de las virtudes (Véase IIa. IIae).

En la página 48 llama criterio absurdo al ascetismo. El ascetismo auténtico es como lo dice la palabra griega de donde se deriva ascesis, askesis, esfuerzo, ejercicio. Como esfuerzo de superación moral, como ejercicio de todas las virtudes, como gimnasia vigorizadora del espíritu lo entendieron Clemente Alejandrino, Orígenes y los Padres de la Iglesia. Este concepto no merece llamarle absurdo. Nó. Toda vida supone lucha, esfuerzos, triunfos. Moral ascética es moral de lucha, es la moral cristiana: "El Reino de los cielos padece violencia y sólo lo alcanzarán los que se la hicieren". Es moral de superación constante, y sólo se coronan las alturas con esfuerzo: "Sed perfecto como vuestro Padre celestial es perfecto".

Ascetismo auténtico no es ascetismo brahmaniano; ascetismo auténtico no es lo mismo que los abusos ascéticos que con la mejor voluntad del mundo puede haber cometido un religioso deseoso de su santificación.

El ascetismo no es enemigo del cuerpo; pero sí es enemigo de hacer del cuerpo un ídolo. Como respeta la escala de valores, sacrifica muchas veces el bienestar del cuerpo por el triunfo del espíritu; para hablar lenguaje axiológico realiza un valor superior posponiendo un valor inferior.

El ascetismo cristiano considera al cuerpo como templo del Espíritu Santo que debe conservarse, sin pecado; como el arpa y la lira con que debemos glorificar a Dios; como el palenque donde realizamos las luchas del espíritu. ¿Esto es absurdo? El ascetismo cristiano no sólo execra del suicidio, sino también la crápula, el ocio, la lujuria, el uso de los narcóticos; impone el trabajo del cuerpo y del espíritu. Ahora bien, ¿qué mejor medio de conservar el valor de la personalidad que ser temperante y trabajador? La regla de los benedictinos imponía el laboreo de los campos y esta regla monástica es la más antigua de Occidente.

El ascetismo cristiano ha hecho más por el cuerpo que todos los clubs deportivos. El ascetismo cristiano prescribiendo el trabajo enseñó en Europa, mediante los benedictinos y en Paraguay mediante los jesuitas y ahora do quiera, el laboreo de los campos y las artes útiles. Ha hecho más por la sociedad que los deportistas profesionales.

En la página 49 nos da un párrafo cuya divulgación no aprobará ningún padre de familia. Helo aquí en toda su crudeza: "El individuo para realizar plenamente su personalidad debe ejercer TODAS sus facultades. *Es un deber individual ejercer nuestras facultades sexuales.* El hombre debe completar su personalidad con la personalidad de la mujer y viceversa". Este Curso está en manos de adolescentes de 15 y 16 años. Jovencitos y jovencitas que tienen lejos aún el matrimonio. Si se les enseña que deben ejercitar todas sus facultades, que es un deber individual ejercer las facultades sexuales, (el autor no pone restricción alguna), al ver esta tesis en un libro muy alabado, ¿qué harán?... Honradamente, por cuanto "la franqueza es uno de los deberes más saltantes del individuo" (pág. 48) me atrevo a decir al autor que ha debido pensar mejor lo que ha escrito, que ha debido meditar las consecuencias, tanto más que su obra está escrita "persiguiendo finalidades pedagógicas" (pág. 8).

Deber de la especie es reproducirse, como deber de la especie es cultivar los campos, pero no obliga individualmente a todos y a cada uno. Por razones de salud, de indigencia, puede ser un deber no casarse, por ejemplo en un sífilítico, en un pobre desvalido que no tenga cómo alimentar ni a su mujer ni a sus hijos. Por razones de bien social es laudable el celibato prudente y lealmente abrazado.

En la página 71 expone en algo más de dos líneas la doctrina del origen divino de la familia. Inmediatamente refiere el abuso del jus filios necandi, de matar los hijos como un derecho paterno, sin explicar que no es una consecuencia semejante aberración de la enseñanza del origen divino de la familia. Y confundiendo ambas cosas termina: "No hay que hacer la crítica de la teoría antigua que cae por su misma base". Si, cae por su misma base el crimen de matar a los hijos, pero no, la tesis del origen divino de la familia. Cuánto desprecio a lo que a Dios se refiere!... Más importancia le da a la teoría comunista de la familia, contra la cual esgrime varios argumentos.

En la página 94 donde nos dice que un ejemplo de la mayor altura del valor libertad sobre el conservación individual lo dan "todos los mártires muertos en las innumerables revoluciones en pro de la libertad, cuyo exponente más su-

blime es la revolución francesa", quisiéramos menos ambigüedad. Indiscutiblemente el exponente máximo y más sublime de la defensa de la libertad, no del libertinaje, lo han dado los mártires cristianos. En lo que él llama "sublime revolución francesa", los que más vociferaron "libertad, igualdad, fraternidad", llevaron al suplicio a muchos miles, en París, Lyon, Tolón, Nantes, Arras... Recuérdense las matanzas de setiembre de 1792, el Terror, (por algo se llama así), y aun las persecuciones del tiempo del Directorio. Los cabecillas acabaron matándose unos a otros, pero esos tales eran no mártires de la libertad, sino de los odios y rivalidades mutuas.

E) *Ignorancia de la Escolástica*.—Antes de terminar observaré que, en general, casi todas las noticias que da acerca de las doctrinas escolásticas están mal. Escotistas y tomistas sostienen que Dios ha creado libremente, jamás ha existido discrepancia en este punto.

Santo Tomás afirma rotundamente en la Ia. IIae. q. 103, a. 2 y q. 94, art. 4 que si bien la ley natural es inmutable, universal, con todo el conocimiento que de ella tienen los hombres (y por tanto la conciencia moral), puede ser errado; pues cuando se trata de la aplicación concreta y determinada de los principios morales a la práctica, el error puede presentarse por varias razones: "por depravación de la razón, por influjos pasionales, por mala costumbre o educación, o por deficiencias naturales del desarrollo mental". Factores que explican muy bien las aberraciones que en diferentes pueblos y culturas encontramos acerca de normas morales concretas. Luego lo que se afirma en la pág. 25 sobre la tendencia objetiva tomista sobre el valor de la conciencia moral debe ser corregido.

Más grave es lo que del tomismo dice en la pág. 130. Como ningún hombre sensato por poco que conozca el tomismo va a creer que "en el fondo" se reduzca al panteísmo, no me detengo. Siento no más la tesis tomista: "Dios en sí mismo es el arquetipo supremo de todo ser, de toda verdad, de toda bondad, de todo valor, de toda belleza; El, en la suma Simplicidad de su esencia incommunicada e incommunicable a las creaturas, tiene virtual y eminentemente cuanto perfección existe y puede existir; Dios no es ni suma ni organismo; es el Principio y Causa Primera de todo cuanto existe que no sea El mismo, todo lo cual: en tanto es posible en cuanto Dios, Ser Necesario, se existe, y, en tanto es real en cuanto que Dios libremente sin necesidad alguna de su naturaleza, por pura benevolencia ha querido crear y ha creado".

Por último los neotomistas no pretendemos "ser los únicos que poseemos y poseeremos la verdad" (pág. 175). Creemos que sólo Dios es Omnisciente, sólo El; ni los tomistas, ni los kantianos, ni los neokantianos —sean de la Escuela Marburguense de Cohen, o de la Badense o Axiológica, o de la positivista idealista de Mach, o de la fenomenalista de Husserl, o del Realismo Metafísico de Messer, o de la Actualista o de la pragmatista de Renouvier—, ningún hijo de mujer es Omnisciente. Esto es terminante en el tomismo. El Cardenal Mercier en la nota 1 del número 14 de las Nociones propedéuticas a la Filosofía (en el Tratado Elemental de Fil. de la Univ. de Lovaina) dice categóricamente: "No tenemos a la filosofía tomista (aunque asociamos a nuestro programa el nombre

del gran escolástico), ni como un ideal imposible de superar, ni como una barrera que señale límites a las actividades del espíritu". Otro tomista notable escribía: "Santo Tomás es un faro, no un obstáculo". Admitimos muchas verdades por la fe sobrenatural; en el orden puramente filosófico somos menos dogmáticos de lo que se nos cree. XXIV solamente, son las tesis del tomismo oficialmente reconocidas como ciertamente del Doctor Angélico, y aun hay quienes dentro de la escolástica no las admiten todas.

No he tenido la menor intención de herir al escribir esta larga nota bibliográfica. En el campo filosófico he indicado mis puntos de discrepancia y he sintetizado las razones de ella. De todo corazón hubiera querido poder alabar toda la obra del que fué uno de mis alumnos más inteligentes y más caballeros, pero por lo mismo que lo estimo y mucho espero de él, me hubiera juzgado indigno de mí mismo si por adular hubiese aprobado lo que desapruébo.

Caminamos por distintas sendas él y yo; ambos amamos el mismo ideal: la Verdad Suprema que es el Valor Supremo y el Amor Supremo, como lo llamó Platón. En Dios, que es la encrucijada donde se reúnen todas las almas de buena voluntad, espero encontrarlo un día iluminado plenamente por la Luz de Cristo y bebiendo a raudales las aguas de la Sabiduría. Muchas veces en la vida del espíritu encontramos almas inquietas a las que su mismo afán de verdad y la nobleza de sus intenciones las tienen más cerca de nosotros de lo que parece. Así lo creo de Francisco Miró Quesada. Esperemos. La obscuridad mayor es la que precede a la más hermosa alborada.

*Luis LITUMA.*

*LUIS ALAYZA Y PAZ SOLDAN.—Mi País (El Paso de los Libertadores).—*  
1 vol. 18 × 25. 386 págs. — Lima, Librería e Imprenta Gil S. A., 1939.

Luis Alayza y Paz Soldán, cuya labor intelectual es ampliamente conocida, recoge de tiempo en tiempo sus artículos desperdigados en diarios y revistas y nos ofrece en la unidad de un libro su producción de una época, producción que si bien aparentemente es diversa y varia, deja percibir el lazo de unión que sirve de base a toda la obra, en la cual ciertos motivos expresivos se repiten y entrecruzan hasta crear una sola atmósfera espiritual.

En "Mi País", obra compuesta por una serie de ensayos y artículos publicados bajo el epígrafe de "El Paso de los Libertadores", se exceden los límites prefijados por el título. Al margen de éste, en su temática, cobran significación particularísima paisajes, motivos, siluetas, destinos que terminan por superar la aparente finalidad. En este libro incatalogable ha hallado Alayza un campo propicio para exteriorizar todos los múltiples aspectos de su proteiforme personalidad. Viajero incansable de la realidad y de la fantasía, toma en "Mi País" como punto de partida y de retorno, la realidad circundante, lo que da a su libro un definido contenido peruanista y nos permite incluirlo entre los escritores de América que poco a poco van tomando posesión de sus propias tierras.

Podríamos decir que "Mi País" constituye un compendio de Geografía literaria y espiritual con matices históricos. Hay en él meditaciones de historia

y geografía patrias, del presente y del pasado, inspiradas en franco nacionalismo, visiones con sabor de la tierra costeña, nuestros paisajes y nuestro espíritu: lo que hay de peculiar y vernacular en el suelo peruano. Es una antología sui géneris, que refleja las tradiciones legendarias, los tipos y el carácter de nuestras ciudades provincianas, puntos desdeñados en el mapa de la cultura nacional, fusionando a veces paisaje y sicología regionales. Su descubrimiento de la naturaleza define el matiz de su tonalidad lírica y le inspira cuadros de logrado colorido, que trasuntan la vida paisana.

Externamente, está formado este libro por capítulos independientes que agrupan en torno a los ríos principales, ciudades, pueblos y campos con sus peculiaridades geográficas e históricas. En él, Alayza es un protagonista guía que viaja a través del Perú siguiendo la cuenca de sus ríos y logrando el enfoque geográfico, visual y anecdótico. Su derrotero está indicado por los títulos de los capítulos: "El Rimac, el Huallaga y el Chillón"; "El Mantaro"; "El Pampas, el Abancay y el Vilcanota"; "El Titicaca"; "El Real Felipe"; "El Pachacamac, el Mala y el Cañete"; "El San Juan, el Pisco y el Ica"; "El Chillón y el Pasamayo"; "El Huaura y el Pativilca"; "El Sechín, el Santa y el Moche".

El contenido de "Mi País", ya lo dijimos, desborda la mera descripción geográfica o la narración histórica. Lo integran cuadros de geografía novelada, de historia moralizante, episodios sentenciosos, la significativa nota folklórica, el sucedido festivo o sentimental; se mezclan reflexiones patrióticas, relatos de nuestro pasado, paisajes, recuerdos, reconstrucciones y semblanzas históricas, descripciones geográficas, visiones y evocaciones que se corporizan con calor y color de peruanidad. Son en líneas generales pequeños cuadros histórico-geográfico-literarios que logran una obra útil y amena. Se destaca el acierto en la pintura del paisaje y descripción del lugar, la oportuna rememoración histórica y la localización del episodio o la semblanza en su propio panorama.

Se manifiesta el autor en esta obra como un auténtico narrador, en quien la nota personalista pone un acentuado matiz lírico. Su sensibilidad de artista logra la figuración cambiante y policroma que anima las páginas de este libro, en las cuales desfilan la historia y la geografía en una sucesión viviente de imágenes del pasado y de semblanzas ilustres, de paisajes y perfiles nacionalísimos. Lo más peculiar de cada pueblo, ciudad o región costeña o serrana, aparecen en este libro vistos en algunos de sus aspectos, aunque sólo sea de paso o de soslayo. Se va formando así la atmósfera que el autor ha respirado en sus viajes por el país y en la cual ha querido envolver al lector, presentándónosla con emoción en la clara prosa fluida de su estilo nervioso. Libro este con mucho de diálogo. Busca el diálogo porque encuentra un medio propicio para pensar en alta voz y disparar la reflexión intempestiva. De aquí también la falta a veces de ordenada composición, porque no puede haber concierto rigidamente disciplinado en trozos de distintas épocas y sitios, matizados por el subjetivismo de un espíritu esencialmente inquieto. Su misma manera de discurrir voluntariosa e inorgánica, responde a su dinamismo expresivo, porque para manifestar la antinomia de su temperamento poético y realista, ha integrado su estilo plástico y gráfico, pictórico y descriptivo.

Con acierto de novelista, elige el episodio, busca el suceso y decora la escena como descriptor y crítico impresionista, y nos ofrece un tendido panorama, un colorido territorio de historia y geografía patrias presentadas a largas pinceladas de vida. Hay en "Mi País" renovación y novedad, finalidad nacionalista y vernacular definidas y hay también una personalidad literaria urgida por la inquietud con categórica capacidad de creación.

*Ella* DUNBAR TEMPLE.

*Memorias del Gran Mariscal Don Luis José de Orbegoso.* — 1 vol de 17 × 25 cm., 164 págs. — Lima, Gil, S. A., 1940.

La devoción filial al Gran Mariscal don Luis José de Orbegoso, ha tenido una manifestación más. Su nieto y homónimo, que ya en ocasión anterior prestara su generoso concurso para ayudar la aparición de los documentos que, en tres volúmenes impresos en 1908, 1924 y 1929, reunió Don Luis Varela y Orbegoso, ha auspiciado ahora la segunda edición de las Memorias de su abuelo, que aparecieron por primera vez en esta ciudad en 1893 y que eran prácticamente ignoradas, dada la escasez del folleto en que fueron incluidas.

En un país como el nuestro, en donde es tan escaso semejante género de documentos para la reconstrucción de nuestra Historia, es doblemente apreciable la publicación de estas Memorias, que representan siempre una opinión distinta de la versión tradicional, aunque sujeta siempre a previo examen.

En la presente edición, muy cuidada y limpia en su presentación, podemos recorrer la actuación del blando y apacible caudillo peruano, envuelto en los sucesos contra su voluntad, desde los primeros años de la guerra separatista, hasta los postreros años de la Confederación, destacándose muy particularmente la oposición a Gamarra y luego la serena explicación de su actuación con Santa Cruz.

Completan el volumen, en guisa de Apéndice, diversos documentos tocantes a la memoria del Gran Mariscal, que revelan claramente el cariño con que sus descendientes mantienen vivo su recuerdo y que debía servir de ejemplo a todos, como una de las más eficaces maneras de conservar vivo el espíritu de acercamiento a nuestro pasado.

*Guillermo LOHMANN VILLENA.*

*CARLO RADICATI DI PRIMEGLIO.* — *L'Inca Garcilaso.* — 1 vol. de 18 × 25 cm.; 63 págs. — Lima, 1939.

El autor de esta obrita reside desde hace algún tiempo entre nosotros y ha llevado a cabo ya otras publicaciones. Esta vez escribe en su hermosa lengua materna con el objeto de dar a conocer a los estudiosos y al público italiano en general, la personalidad, los trabajos literarios y los aspectos más resaltantes de la vida del ilustre historiógrafo peruano Inca Garcilaso de la Vega.

En la Introducción hace una breve síntesis de los acontecimientos históricos que precedieron al nacimiento de este gran escritor. Ello facilita a quienes

no están familiarizados con nuestro pasado, una visión panorámica de la época de la conquista, indispensable para ubicar en el tiempo al personaje estudiado. Sigue luego una bien expuesta biografía de Garcilaso. Su lectura es amena al par que ilustrativa en atención a los numerosos pasajes y pormenores que salpican el relato con gracia y acierto.

A continuación sigue una exposición y crítica de las obras de Garcilaso: la traducción de los Tres Diálogos de León Hebreo, la "Florida del Inca" y "Los Comentarios Reales". Hace igualmente un estudio de las opiniones vertidas sobre dichas obras, clasificándolas en aquellas que las exaltan o las denigran. Después de seguir el curso de la polémica acerca de la autenticidad, veracidad y originalidad de los datos ofrecidos por el Inca escritor, acentúa las razones por las que en sus Conclusiones se inclina a reconocer los grandes méritos de Garcilaso. Como se ve, se trata de una obra seria y bien documentada, no obstante su reducida extensión. Sin embargo, su valor se cifra sobre todo en el aporte que hace a la divulgación de la cultura peruana en el antiguo mundo.

*Carlos SCUDELLARI.*